

La ira de los elegidos

Autor

Ray Bolívar Sosa

Nota Legal

Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado sin el permiso del autor.

Copyright © 2016 Ray Bolívar Sosa www.ray-bolivar-sosa.es Copyright Todos los derechos reservados. Año 2016.
1ª edición
ASIN: B01JEC5CM0

Agradecimientos

A mi madre, por confiar tantas veces y de maneras tan variadas a lo largo de estos treinta y ocho años. A mi familia y amigos. Siguen siendo un refugio constante que no me canso de visitar.

A todas las personas que me han ayudado a ser mejor persona. A Gema, por su constancia y apoyo. Nunca pensé encontrar una persona como tú.

Dedicatoria

A la Virgen de la Caridad del Cobre. Tan real en los momentos difíciles.

Índice

Tabla de contenido

El origen	6
El paso	9
El hombre de la florecita tatuada en el culo	20
Frank.....	52
La morgue	67
Servicios.....	70
Otras obras del autor	70

El origen

La ciudad de Ginburk está situada al este de Pigeon Forge, entre Laurel y Gatlinburg, en el condado de Sevier, Tennessee. En 1978 constaba de treinta mil habitantes y la principal actividad económica era la agricultura.

Por aquel entonces el PIB per cápita ascendía a doce mil dólares. Si tenemos en cuenta que el PIB per cápita nacional era de ocho mil trescientos dólares, no es difícil llegar a la conclusión de que la ciudad atravesaba un período de esplendor, que se mantuvo durante varios años.

Hasta finales de los años ochenta, los pobladores de Ginburk se dedicaban principalmente al cultivo de trigo y la explotación ganadera, pero la sobreexplotación del suelo y el abuso de fertilizantes industriales, provocaron el deterioro de las tierras más fértiles de la región, con el subsiguiente perjuicio.

Hacia el año mil novecientos noventa la mayoría de las tierras eran improductivas, y los agricultores, incapaces de devolver sus créditos, quebraron. Al menos un ocho por ciento de ellos decidieron probar suerte en sectores

productivos más rentables. Incluso, hubo quienes emigraron a otras regiones.

Pero la mayoría sufrió un duro varapalo. No querían abandonar sus tierras. Estos agricultores fueron los que sufrieron con mayor dureza la crisis que sobrevino durante los siguientes años.

No fue hasta finales de la década de los noventa, con la llegada al poder del alcalde M. C. Foster, cuando la economía de la ciudad volvió a dinamizarse.

Foster era un hombre inteligente y con estudios que propuso realizar prospecciones a gran escala en toda la región, con la esperanza de encontrar recursos que permitieran un desarrollo sostenible y, al mismo tiempo, les sacara de la pobreza.

Era una decisión desesperada que ni siquiera fue necesario consultar con los votantes. De hecho, nadie esperaba que bajo el suelo hubiera algo con valor. Pero se equivocaban.

A mediados de año, un grupo empresarial chino interesado en realizar prospecciones en la zona contactó con la oficina de Foster. Una semana después tuvieron una reunión a

puerta cerrada y, al cabo de quince días, firmaban un acuerdo de concesión por un período de cien años.

Siete meses, dos semanas y un día más tarde, Foster recibió un fax de Unix Industrias en el que se confirmaba la existencia de Grafeno, un mineral utilizado para crear componentes electrónicos.

La carta era escueta. Indicaba que las reservas eran abundantes. Pedía, además, la tramitación acelerada de los permisos pertinentes para el inicio de la explotación a gran escala, y valoraba en unos tres mil los puestos de trabajo que se crearían durante su mandato. Aquella noche Foster no durmió.

El paso

–Entiendo que se hartaron, ¿verdad Frank? –dijo Bloomsy mientras sostenía un bocadillo de jamón y queso que estaba a punto de engullir. Era muy temprano aún. Apenas las seis de la mañana. En una hora finalizaría su turno y podrían irse a dormir. Como cada noche, estaban desayunando en un pequeño bar de carretera llamado El Paso.

Los últimos años había sido así. Durante dos noches seguidas los policías tomaban café en El Paso, justo antes de proseguir su camino a la comisaría. Después descansaban cuarenta y ocho horas. Al tercer día estaban otra vez de vuelta. Frank solía decir que sus vidas estaban en la carretera, porque la mayor parte del tiempo transcurría en ella; y llevaba razón.

–Claro que se hartaron –dijo Frank, después de beberse el café de un tirón–. Nadie puede aguantar así mucho tiempo. Imagina que estás sin comida, perdido en medio de la nada.

Tujefe dice que tienes que seguir caminando a treinta grados bajo cero. ¡Por favor, es cosa de locos!

–La verdad es que no suena bien –dijo Bloosmky mientras negaba con la cabeza.

–Suena fatal –añadió Frank–. Y claro, así fue como terminó la cosa, fatal.

–Al menos se salvaron algunos –dijo Bloosky–. La puerta del establecimiento se abrió. Los dos policías se volvieron a mirar quién era. Echaron un vistazo y siguieron con su conversación. El recién llegado tomó asiento en un extremo de la barra. Pidió una taza de café.

El camarero se apresuró a servirle. Los dos policías siguieron como si nada. Finalmente se hizo el silencio.

Frank parecía ocioso. Estaba cansado y tenía ganas de irse a casa. No había sido una noche especialmente agitada, aunque, de un tiempo a esta parte, la ciudad se había visto envuelta en una ola de crímenes que superaba, en magnitud y alcance, a la de cualquier otro período de la historia de Ginburk; hecho que, además, tenía muy irritados a los policías; y en especial a los habitantes de la ciudad, quienes

se habían vuelto suspicaces, desconfiaban de los desconocidos y, al menor indicio de sospecha, acudían a la policía.

No era extraño recibir, en un día, treinta o cuarenta llamadas con denuncias sobre comportamientos sospechosos. Por otro lado, la prensa escrita también contribuía a mantener el estado de alarma con historias sobre asesinos en serie y casos sin resolver. La lección que extraían de todo esto era sencilla: la policía de Ginburk era lerda.

Otros editoriales seguían una línea distinta. Ponían el foco en criminales conocidos y, a veces, incluso, se atrevían a alabar de forma velada su destreza. Daba la impresión, si uno se dejaba guiar por los periódicos, de que la ciudad era una tierra sin ley donde se había instaurado el mal.

A los policías, esto no les hacía ni puñetera gracia. Frank, como el resto de sus compañeros, estaba cansado y molesto. Llevaban semanas trabajando horas extras y la situación seguía igual, o parecida.

Corrían rumores de que el clan de los Vostov, una de las bandas criminales mejor organizadas del Este, se había asentado en Ginburk, provocando un efecto llamada que los delincuentes no habían dudado en aprovechar.

Por supuesto que estos no eran más que rumores, pero debido a ellos habían tenido lugar varios incidentes. El más importante ocurrió cuando un anciano casi mata de un disparo a un joven bielorruso, pasado de tragos, por merodear en su jardín.

Estos hechos resultaban frustrantes para todos. Frank, en particular, solía llevarlo mal, pero se había prometido manejar su ira de manera razonable. Eso significaba mantenerse alerta, y no dar por hecho que un desconocido con acento extranjero era un asesino, aunque este desconocido entrara a un bar de carretera a las seis de la mañana, con un aspecto, cuando menos, curioso.

Tanto él como Bloomsy se habían fijado en sus ropas. Ninguno dijo nada. Bloomsy había terminado el bocadillo. Estaban listos para hacer la última ronda, pero seguían allí, sin moverse. Hasta que Frank se levantó. Joe vino a

costrarles. Se despidieron con un apretón de manos. Estaban a punto de salir cuando el desconocido se dirigió a ellos.

– ¿Ya se van, señores? –El extraño comportamiento de aquel hombre no tomó a Bloomsky por sorpresa. Instintivamente puso la mano sobre la funda de la pistola. Frank había abierto la puerta para salir, pero se detuvo. Acto seguido dejó la puerta y se encaminó hacia el recién llegado. Bloomsky iba detrás de él.

– ¿Perdona? –El desconocido había empezado a fumar. No miraba a ningún punto en concreto. Estaba de espaldas a ellos. Parecía calmado, aunque la mano que sostenía el cigarro temblaba.

–¿Acaso no me escucharon? –dijo sin darse la vuelta. Tenía acento extranjero. Frank no perdió un segundo. Se abalanzó sobre él y lo redujo en menos de un minuto. Bloomsky lo ayudó a esposarlo. El desconocido no ofreció resistencia. Parecía disfrutar de la función.

–¿Cómo te llamas? –dijo Frank.

–Peter.

–¿Apellido? Dime tu apellido.

–Stuar.

–¡Bien, Stuar!, ¿cuál es tu problema? –Peter lo miró con gesto amenazante. Los *walkies* de los policías empezaron a transmitir un mensaje.

–Patrulla Z247, ¿me recibe?, patrulla Z247. –Bloomsy contestó:

–Aquí patrulla Z247, lo recibo.

–Diríjase a la interestatal doce, a la altura del kilómetro ciento cuarenta. Repito, diríjase... –Bloomsy lo dejó transmitir el mensaje. Cuando hubo terminado contestó:

–Llegaremos en menos de cinco minutos, repito, en menos de cinco minutos. ¿De qué se trata?

–Inspeccione el lugar y preserve la escena. Los peritos ya están en camino. Cambio y corto.

–Recibido, central.

Tardaron menos de cinco minutos en ver el hito que marcaba el kilómetro ciento cuarenta. Dejaron al sospechoso en el auto y fueron a inspeccionar.

El Sol comenzaba a deshacer las sombras de la noche. Soplabla una brisa agradable. El hito ciento cuarenta quedaba

en un extremo de la colina. Fungía como una especie de mirador. La gente iba allí a divertirse. Los más jóvenes encendían hogueras y pasaban horas discutiendo de política y de sexo. Otros se detenían sólo para admirar el paisaje.

La vista de la ciudad hizo que los recuerdos de Frank volvieran a aflorar. Le gustaba aquel sitio. Había vivido allí desde pequeño y estaba orgulloso de ello.

Bloomsky, en cambio, se había alejado en dirección opuesta, hacia el interior de la colina. El lugar estaba lleno de cientos de pisadas, como si la noche anterior hubiera desfilado un regimiento de infantería.

Encontró un rastro de sangre a pocos metros de la carretera. Aunque estaba amaneciendo, tuvo que auxiliarse de la linterna. El rastro se perdía entre las rocas. Quedó pensativo unos instantes. Podía tratarse de cualquier cosa: un corte accidental en la mano, un animal herido... Dio un pequeño rodeo y descendió por el camino que se internaba en el bosque. Anduvo veinte o treinta pasos. El bosque se encontraba en silencio.

No existía siquiera el más leve indicio de que hubiera un peligro al acecho. Aun así, Bloomsky empezó a sentirse incómodo. La vegetación se hizo tupida. El silencio fue roto por el murmullo de un insecto que pasó a su lado en dirección contraria. El ruido de una rama al quebrarse llamó su atención. Giró la cabeza demasiado aprisa. No había nadie.

Volvió a escuchar el sonido de un insecto. Esta vez eran más. Sonaba como un enjambre. Decidió sacar su arma. Avanzó con lentitud escudriñando cada rincón. En menos de un minuto estuvo delante del enjambre. Ahora solo tenía que apartar las ramas de los árboles, y eso fue lo que hizo. Con lentitud apartó la rama principal, hasta encontrarse frente a un lobo que devoraba los restos de un cadáver desnudo.

El animal siguió moviendo la mandíbula sin apartar ni un segundo los ojos de Bloomsky. Eso era todo lo que hacía, masticar y gruñir mientras cientos de moscas luchaban por tomar parte en el banquete.

El ruido del disparo alteró la tranquilidad de aquella mañana. Frank echó a correr en busca de su compañero, pero antes de internarse en el bosque lo vio salir al descampado.

–¿Estás bien? –preguntó Frank sin resuello.

–¡No vas a creerte lo que hay ahí dentro! –dijo Bloomsky.

–¡Es una carnicería! ¡A qué puto animal se le ocurre hacer algo así!

–¡Bloomsky, tienes que calmarte! –El policía quería seguir andando hasta el coche patrulla. Frank lo obligó a detenerse. Los dos estaban nerviosos, pero Bloomsky parecía fuera de sí. Frank consiguió que lo mirase a los ojos.

– ¡Escúchame por una vez en la vida, por Dios! ¡Esto va a pasar, ¿me entiendes?, te juro que va a pasar! –Bloomsky lo miraba en silencio. Tenía el rostro congestionado. Como si la ira y el fracaso de los últimos años se hubieran acumulado en su cara y no encontraran la forma de salir.

–¡Respira hondo! –El policía obedeció–. ¡Otra vez! ¡Hazlo otra vez! ¡No pares, no quiero que pares! –Bloomsky seguía sus instrucciones–. ¡Sigue respirando! ¡Ahora escucha, sea lo que sea lo que hayas visto, ya pasó!, ¿comprendes? ¡Lo vamos a agarrar! ¡Vamos a coger al hijo de puta que lo hizo! –Las facciones de Bloomsky comenzaron a relajarse. Aun así,

Bloomsy miraba a su compañero con intensidad, como si quisiera decirle algo y no se atreviera, o le faltaran las fuerzas.

–¿Cómo te sientes? –Bloomsy bajó la cabeza. Frank insistió.

–¿Cómo estás?

–Mejor.

–¿Seguro?

–Sí, seguro –la voz de Bloomsy sonaba entrecortada.

–¿Dónde está el cadáver?

–Sigue el camino que entra al bosque –hizo una pausa para tomar aire–, a unos treinta metros.

–De acuerdo, espérame en el coche. Los demás están a punto de llegar.

Frank siguió el camino que conducía al bosque. De repente se detuvo, como si otra realidad, la verdadera, lo hubiera golpeado en pleno rostro. Su corazón empezó a latir deprisa. El silencio fue roto por un disparo. Quedó helado. Acto seguido echó a correr. Desanduvo el camino tan rápido como pudo. Llegó al descampado a tiempo para ver a Bloomsy dar el tiro de gracia al sospechoso.

Lo había sacado del coche. Ahora yacía en el suelo inerte. Bloosmky se volvió. Pudo ver sus ojos llenos de rabia y odio. Dos coches patrulla y una ambulancia llegaron. Bloosmky sonrió a Frank antes de volarse la tapa de los sesos.

Había amanecido. Frank se quedó de pie ante los cadáveres. Sin saber qué hacer. Algunos compañeros fueron a auxiliar a los heridos, pero ya era demasiado tarde. Bloosmky siempre hacía las cosas bien.

El hombre de la florecita tatuada en el culo

–¡Nunca haces caso cuando hablo, y eso te pasará factura!
¡Cuando dije que las cosas iban a ponerse calientes es porque sabía que iban a ponerse calientes! ¡No hay que ser un adivino para darse cuenta! ¡Primero los chinos encuentran esas minas! ¡Luego llegan los rusos y los árabes! ¿Te das cuenta?, ¡los árabes! ¡Después los chicos de aquí se ponen nerviosos y enseguida empiezan los problemas!

El teniente Sean Parker miró a su ayudante buscar rastros de huellas mientras hablaba sin parar. Luego echó un vistazo al cielo. Acto seguido, a su reloj. Eran las diez de la mañana. El calor comenzaba a ser insoportable. Llevaban desde las ocho recopilando pruebas. Dos de los asesinatos estaban claros y eran una pena, pero el tercero... El tercero era una verdadera desgracia.

Los peritos encontraron el cadáver, en trozos dispersos, en un radio de unos sesenta metros. A saber los trozos que faltaban y los animales que se habían alimentado de él. Ahora estaban peinando la zona con la esperanza de recuperar el resto del cuerpo.

Analizar los restos era un verdadero reto. No había ropa ni documentación. Algunas partes del cuerpo aparecieron trituradas, como si las hubieran pasado por una máquina de moler carne.

El lugar seleccionado para abandonar el cadáver era muy concurrido. Podían seguir cientos de pistas falsas y trabajar durante meses en ellas hasta descartarlas por completo y luego quedar en la nada.

A lo lejos sonó un silbato de la policía. Significaba que habían encontrado un trozo del cuerpo. Luego se oyeron dos pitidos seguidos, y después nada. Los policías hablaban a través del *walkie*. Sean prestó atención a lo que decían antes de responder.

–Encontramos dos falanges de un pie y vísceras dispersas.

–Buen trabajo, chicos. Sigán buscando.

–A la orden, teniente.

Dios mío, aquello era de locos. El teléfono de Sean empezó a sonar. Mierda, era su jefe.

–Buenos días, Sean –el teniente se alejó unos pasos.

–Buenos días, capitán.

–¿Tienes alguna buena noticia? –Durante unos instantes Sean no supo qué responder.

–Llevo un par de horas investigando. No hemos avanzado mucho.

–¿Quieres decir que es muy pronto?

–Sí.

–Ya sé que es pronto. Lo que quiero saber es cómo lo ves.

–Pues creo que es un asunto feo.

–¿Cómo de feo?

–De lo más feo que hayamos visto nunca.

–¿Eso qué significa?

–Son profesionales.

–Así que crimen organizado –dijo Carter, como si hablara consigo mismo–. ¡Un momento! –agregó. Sean se mantuvo a la espera. Al cabo de un minuto, el jefe se puso de nuevo al habla.

–Está bien, sigan trabajando. Cuando tengas algo quiero ser el primero en saberlo. ¿Entendido?

–Entendido, Carter.

–Ah, una última cosa. Estarás al tanto de los rumores que hay en la ciudad sobre los rusos.

–Algo escuché.

–Chico listo. Bien, esos rumores son simples comentarios de la gente, habladurías. No hay que darles la menor importancia. ¿Comprendes?

–Sí. No hay que darle importancia a los comentarios de la gente.

–¡No! –Dijo Carter–. ¡Hay que evitar a toda costa que la gente asocie este asesinato con los rumores que hay en la ciudad! ¡Por Dios santo, por qué siempre tengo que darles las cosas machacadas! –Carter dejó escapar un resoplido–. ¿Entiendes ahora?

–Entiendo.

–Estupendo –colgó. Sean todavía se mantuvo unos segundos con el teléfono pegado a la oreja. Había algo raro en todo aquello que no conseguía descifrar. Carter era un jefe responsable y capacitado, pero nunca antes, en los años que llevaba bajo sus órdenes, lo había visto preocuparse tanto por un asesinato.

Por otra parte, ¿cómo diablos pretendía que no trascendieran los detalles de este caso, si tenían a más de la mitad del departamento en medio del campo rastreando huesos y vísceras humanas?

El caso en sí mismo era una rareza. Lo mejor era que ni siquiera tenían noticias de la cabeza y sabe Dios si aparecería. Lo único claro que tenían hasta ahora era que se trataba de un hombre de raza negra con una florecita tatuada en el culo.

Se limpió el sudor del rostro con el pañuelo. Todo estaba patas arriba y era muy probable que las cosas se pusieran peor. Apostaría lo que fuera a que en un par de años el índice de criminalidad aumentaría, como en las grandes urbes. Entonces ya nada tendría sentido, absolutamente nada.

Estaba asistiendo a la muerte de la ciudad que lo vio nacer, a la desaparición de un sitio que dentro de poco dejaría de ser una pequeña ciudad con sabor a pueblo para convertirse en un hormiguero de gente con ansias de hacer fortuna a cualquier precio.

Volvió a mirar al cielo; luego recorrió con la mirada la extensión de campo que debían revisar. Era un espacio

considerable: quizás una o dos hectáreas de tierra. No estaba seguro, pues dependía de muchos factores.

De lo único que estaba seguro era de una cosa: nadie iba a marcharse de allí sin hurgar en aquel terreno palmo a palmo. No iba a conformarse con un simple no; esta vez quería respuestas, y estas iban a aparecer, costara lo que costara. Volvió a limpiarse el sudor de la frente. El calor comenzaba a irritarlo.

Anduvo unos instantes sin rumbo fijo. De pronto, en medio de la reflexión sobre las pistas que debía seguir, volvió a pensar en Bloomsky y lo invadió una profunda tristeza. Bloomsky fue un buen amigo y un policía honesto. Lo que había ocurrido aquella mañana era una tragedia, una verdadera tragedia.

Frank debía estar hecho pedazos. Parecía como si de golpe le hubieran caído diez años. Era de esperar que sucediera algo así, aunque nunca pensó que tuviera este final. No quería estar en los zapatos del que avisara a la viuda. Aquello era lamentable, sí que lo era.

Iba a reanudar su tarea, cuando se fijó en Perkins. Se encontraba lejos, a unos cien o doscientos metros. Como siempre, estaba acompañado de Dervis, su mejor amigo. Ambos conversaban animadamente. Dios sabrá de qué, pensó Sean.

Dervis levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Sean. Aquello no le hizo ni puñetera gracia. –Oye, Perkins, ¿sabes quién supervisa nuestro trabajo? – Perkins parecía sorprendido.

–¿Quién?

–Nada más y nada menos que nuestro teniente.

–¡Tenemos la negra, que no cae un rayo y lo parte en dos! – Dijo entre dientes. Luego se levantó del todo e hizo un saludo al investigador jefe.

Sean contestó con un ligero ademán de su brazo y siguió su trabajo. Definitivamente iba a tener un problema con aquellos chicos, solo era cuestión de tiempo. Todos lo sabían, pero se guardaba absoluto silencio sobre el tema; y eso sólo significaba una cosa, miedo.

Dervis volvió a las labores de rastreo. Se mantuvo un minuto callado, pero al siguiente comenzó a hablar.

–Oye, Perkins, ¿qué te parece si le damos un susto?

–¿Qué tipo de susto? –Dijo Perkins, sin dejar de trabajar.

–Uno bueno, de esos que no se olvidan.

–¿Vamos a meterle un palo por el culo? –Dervis estalló en una carcajada.

–A veces tienes unas ocurrencias... –Perkins continuó:

–Si va a cagarse en los pantalones y lo voy a ver llorar como una puta, cuenta conmigo.

–¿Le tienes ganas?

–¡Todavía no lo sabes! Oye, Dervis, –dijo Perkins después de un rato–. Estaba pensando que si la cosa va de palos por el culo podríamos incluir a alguien más en la sorpresa.

–¿Ah, sí? ¿A quién?

–¡A alguien que le encanten los palos por el culo! –Dervis miró a Perkins y este sonrió–. ¿No te lo imaginas?

–Tienes un cerebro muy cachondo, Perkins. Estás podrido, tío. –Perkins se echó a reír.

Ninguno había dicho nombres, pero se referían al difunto Bloomsky.

–¿Qué te gustaría hacerle? –Preguntó Perkins.

La conversación fue interrumpida por Sean. Se dirigía a ellos a través del *walkie*.

–Dervis, habla el teniente Sean –los dos policías se miraron– . ¿Cómo va el trabajo?, cambio.

Dervis abrió el canal de comunicación de su *walkie*:
–De momento todo bien, estamos avanzando en el área.
Cambio.

–¿Tienen alguna novedad?, cambio.

–No, de momento no. Cambio.

–Manténganme informado si encuentran algo, cambio.

–Así lo haremos, cambio y corto. Sean se mantuvo unos instantes más observándolos, hasta que empezó a caminar en dirección a otro grupo de policías. En cuanto notaron que su jefe no los observaba, los policías comenzaron a hablar.

–¡Maldito idiota! –dijo Perkins enfadado–. ¡Todavía hay lameculos que lo defienden!

–Tranquilízate, hombre –Dervis miró a su compañero–. Es lo mejor que puedes hacer.

–¡Que me tranquilice, dices! ¿No ves que no para de meterse con nosotros? –Dervis estaba de pie. Seguía mirando a Sean, que tras darles la espalda continuaba alejándose de ellos.

–Lo mejor es que mantengas la calma. La ira no te servirá de nada.

Finalmente, Dervis se dio la vuelta. Su expresión había cambiado radicalmente.

–¡Dervis, esto tiene que cambiar, tiene que cambiar! ¡Estoy cansado de oír lo mismo! ¡Siempre decimos lo mismo, pero al final nada cambia, mierda!

Perkins miraba a Dervis iracundo, como si quisiera destruir con sus manos todo aquello que se interpusiera entre él y el objeto de su ira. Su camisa empezó a llenarse de gotas de sudor.

Dervis trató de suavizar el ambiente.

–La culpa no es suya. Él es sólo un instrumento más. La culpa es del sistema.

–¿El sistema?

–Sí, el sistema.

–¡Pero qué dices, el sistema está bien, ¿entiendes?, está bien!

¡Voy a decirte lo que veo; y creo que deberías ver lo mismo!

¡El sistema está bien, tan bien como tú o como yo, porque los

dos, tú y yo, nacimos en él, crecimos en él y estamos bien!

¡Así que no es culpa del sistema, es culpa de las jodidas

manzanas podridas que tiene el sistema!

Dervis no dijo nada. Se limitó a seguir rastreando la zona. No había cosa en el mundo que enfadara más a Perkins que el silencio. Cuando hablaba, entendía que los demás debían contestarle de inmediato. Pero, sobre todo, cuando emitía un juicio y lo argumentaba, deseaba escuchar cuanto antes lo que opinaba la otra parte, ya fuera bueno o malo.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Perkins miraba a Dervis con los brazos cruzados. Se mordió los labios. A lo lejos vio a Louis hacerle señas. Louis era un sargento de primera que llevaba varios meses en el cuerpo. En poco tiempo se habían convertido en buenos amigos, lo

cual significaba que sus ideas sobre los negros y los maricas eran muy parecidas. Perkins decidió ignorarlo.

Un coche patrulla llegó al puesto de mando. Era Frank. Su turno había terminado esa mañana, pero aún llevaba puesto el uniforme. Lo primero que hizo fue preguntar por Sean.

–Está en el campo –dijo su asistente–. ¿Ves a ese de allá? – Frank asintió–. Pues ahí lo tienes. Espéralo, no tardará en volver. Puedes sentarte allí –señaló un grupo de sillas que habían colocado alrededor de una mesa protegida por una carpa.

Franky se sentó en una de las sillas. Se quitó la gorra y la puso sobre sus piernas. Alguien había dejado un *walkie* encendido encima de la mesa, así que podía escuchar los mensajes que trasmitían sus compañeros. Aunque, a decir verdad, estaba absorto en sus pensamientos.

La visita a la casa de Bloomsy había sido demoledora. Nunca antes en su vida se había enfrentado a una situación tan embarazosa. Aún estaba nervioso. Atinaba únicamente a rezar en silencio. Aunque no tenía por costumbre hacerlo, era lo único que le permitía seguir en pie soportando el dolor.

Rezaba a su manera, como rezan las personas que no tienen hábito religioso; más que en una oración de consuelo, parecía enfrascado en un diálogo intenso y profundo con Dios en el que le pedía perdón una y otra vez, de diferentes maneras.

Mientras rezaba, volvía a evocar lo ocurrido; y de nuevo la vergüenza lo obligaba a bajar la cabeza. Era la primera vez en su vida que se reconocía frágil, y eso era preocupante, pero sobre todo vergonzoso.

Desde antes de llegar a la casa de Bloomsby, la intensidad de aquel malestar había comenzado a anunciarse de diversas maneras. Sin embargo, no tuvo la confirmación definitiva hasta bajarse del coche y caminar hasta la puerta de entrada. Sintió entonces cómo su vida comenzaba a escurrirse para siempre y no tuvo más remedio que aceptarlo.

Cuando Estela abrió la puerta se encontró a un Frank desecho, con la cara descompuesta y los dedos temblorosos. Estela comprendió de inmediato que era una mala noticia. Pero no una mala noticia de esas en que el portador intenta

consolar al doliente con palmadas en la espalda, sino una muy mala, tan mala que ni siquiera el emisor sabe de qué manera va a darla.

Así que cuando Estela vio a Frank en ese estado de nervios, sin saber qué hacer con sus manos, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos porque sabía, estaba segura, que había ocurrido una desgracia.

Aun así invitó a pasar a Frank. Aquella casa le traía recuerdos. Demasiados recuerdos, pensó Frank mientras seguía a la dueña hasta la sala principal. Estela le ofreció sentarse. Él declinó la invitación con cortesía.

–Prefiero quedarme de pie.

–Entonces ya somos dos –dijo ella plantada en medio del salón; sin quitarle un minuto los ojos de encima, como si quisiera beberse cada una de sus palabras.

–Ha pasado mucho tiempo, Frank. Mucho tiempo. –Su voz sonaba rota y cansada, como si viniera de un lugar oculto y profundo que sólo ella conocía.

–Lo que voy a decirte es muy duro. –Los ojos de la mujer se abrieron como platos y reprimió un gesto de dolor que vino

a cruzarle el rostro, pero mantuvo la boca cerrada. Frank miraba al suelo, como si la fuerza y el valor fueran a llegarle del centro de la tierra.

–Estela, Bloomsky hizo algo muy cruel esta madrugada y ya no está con nosotros –las palabras salieron de su boca como sables.

Estela dio un paso atrás, luego otro, hasta que una silla de mimbre se interpuso en su camino. Se dejó caer en ella con la mirada atónita. Durante unos instantes, Frank temió por la vida de la mujer. Abría y cerraba la boca como si le costara trabajo respirar. Así estuvo unos instantes, hasta que por fin rompió a llorar.

El suyo era un dolor extraño y salvaje, lleno de ira, rencor y rabia. Frank no lo supo hasta que ella lo señaló con el dedo, dueña de una convicción en sus palabras que nunca antes había visto.

–¡Crees que puedes venir a mi casa y decirme esto! –Acto seguido se levantó–. ¡Crees que puedes venir y quitarme a mi marido como si fuera una puta; así, sin más! –Estela

avanzaba deprisa. Frank hacía grandes esfuerzos para mantenerla lejos de sí.

–¡No esta vez! ¡No te lo voy a permitir, Frank, no te lo voy a permitir! ¡Juro por Dios que no pienso permitirlo! ¡Maldito hijo de puta! –dijo antes de empezar a golpearlo–. ¡Te odio, te odio! –gritaba una y otra vez mientras trataba de herir el rostro de Frank con las uñas.

Durante el forcejeo, Estela cayó al suelo. No pudo volver a levantarse. Tenía el rostro congestionado. Le faltaba el aire. Aun así, con el resto de sus fuerzas trató de arañar a Frank, pero este se había puesto a buen recaudo. En cuanto Estela se dio cuenta de que el policía estaba fuera de su alcance, empezó a gritar.

La conmoción impedía a Frank moverse. Estaba en medio del salón, a menos de dos metros de Estela. El viento agitaba las cortinas, con estampados de flores, que adornaban las ventanas. Entonces, Frank se llevó la mano a la funda de la pistola con lentitud, como si no fuera él quien controlara su cuerpo.

Al menos, así se sentía extraño y ajeno a la mirada de odio de Estela, que no le quitaba los ojos de encima ni un segundo. Ahora la mujer guardaba silencio, expectante; y, aunque estaba exhausta, su actitud no era menos agresiva.

Ahí estaba él, con el arma en la mano, lleno de remordimientos. Rememorando lo ocurrido. Primero la apuntó a la cabeza. Estela adoptó una actitud retadora. Frank estaba a punto a disparar. Sentía el mismo cosquilleo nervioso que antes de entrar en combate, seguido de un silencio opresivo, cortado sólo por las respiraciones de ambos.

Entonces ocurrió un milagro. Frank puso el arma sobre su sien derecha. La cara de Estela se iluminó de repente. Incluso pudo distinguir una gota de sudor rodando por la frente del capitán.

Frank parecía decidido a apretar el gatillo, salvo por un pequeño detalle que no previó: la risa de Estela. Una risa cruel e impura que sonaba a demonio, a virgen demoniaca, y que encerraba en sí misma el poder de la vida y de la muerte.

Aquella risa burlona y sádica fue el peor puñetazo que la mujer podía encajarle. Lo persiguió fuera de la casa, mientras huía, y luego en el coche, durante el viaje de regreso. Incluso ahora podía escucharla. Pero lo que aún retumbaba en sus oídos era la palabra cobarde; así lo llamó justo antes de echar a correr, cobarde.

–¡No eres más que un cobarde, un cobarde! –gritó Estela mientras inundaba la casa con su risa. A medida que esto pasaba, Frank tenía la sensación de que su cuerpo cada vez era más y más pequeño, hasta convertirse en una cucaracha, una insignificante cucaracha.

Ahora venía de allí, venía de hablar con ella, y la sensación no había cambiado un ápice. Seguía sintiéndose como un insecto, carente de valor alguno. Entonces prestó atención a la radio. Seguramente alguien se había dejado el canal abierto, porque la conversación que estaba escuchando no era oficial.

–¡No me cabe en la cabeza, te juro que no me cabe en la cabeza! –Dervis miró a Perkins.

–¿Por qué me miras así, tío? ¡Te cuesta mucho contestar, te cuesta mucho dar una jodida respuesta!

–No tengo nada que decir, Perkins. –Aquella fue la gota que colmó el vaso.

–¿Cómo que no tienes nada que decir? ¡a quién vas a irle con esas!

–¡Digo lo que pienso, Perkins!

–¡Así que dices lo que piensas! –Dervis se mantuvo en silencio. Sabía que cada segundo que transcurría sin contestar a Perking pesaba como una losa sobre él. Al final, Perkins estalló–: ¡Cómo coño pueden admitir a un maricón en el cuerpo de policía! ¡Explicame eso; venga, explicamelo!

El Sol seguía ascendiendo en el firmamento. Aún no era mediodía. Tanto calor hacía sudar a los policías. Dervis comenzaba a estar incómodo.

–¡Y qué coño quieres que diga! ¡No es mi culpa, no es mi maldita culpa que este país sea una mierda! –Parking lo agarró por la solapa.

–¡Que no es el país, cojones; ya te lo dije, es la gente, son escoria, hay que acabar con ellos!

–¡Suéltame la camisa! –Dervis consiguió zafarse con un tirón. Quedaron enfrentados, detenidos uno frente al otro. A lo lejos, alguien les gritaba. Ninguno de los dos prestó atención–. ¡Si vuelves a tocarme, te vas a arrepentir! – Perkins iba a interrumpirlo, pero Dervis no lo dejó.

–¡Cállate esa boca! ¡Hablas como los negros, como un jodido negro! –Escupió en el suelo–. ¡Nadie va a decirme lo que tengo que hacer! ¿Me escuchas? ¡Nadie!

Perkins estaba concentrado en los movimientos de Dervis; por eso, le pareció extraño que saliera despedido hacia un lado. No pasó ni medio segundo cuando tuvo encima una mole de músculos que lo hizo encajarse en el suelo.

¡Pero, qué demonios era aquello! La acometida de su atacante lastimó bastante su espalda. Aquel capullo debía pesar lo menos noventa quilos, y sabía dónde hacerle daño. Intentó escapar del peso que lo aplastaba con un giro de cadera, pero un puñetazo en el riñón, y luego otro en pleno

hígado, lo hicieron cambiar de idea. Un quejido de dolor escapó de sus labios.

Atinó sólo a cubrirse la cara con los brazos. Si no lo hubiera hecho tendría ahora una fiesta de puñetazos en su rostro. Por suerte para él, Dervis acudió en su auxilio y, de una patada, quitó al agresor de encima de Perking. Los dos estaban recuperados y listos para caer sobre el atacante que, tras una voltereta, se había puesto de pie y ahora los miraba. Ambos quedaron estupefactos: era Frank.

Lo que vino a continuación fue uno de los momentos más tensos entre agentes, al menos que se tenga noticia, que había vivido el departamento de policía en muchos años. Dervis y Perkins cayeron como uno solo sobre Frank, pero este sacó su arma tan rápido como un relámpago.

Tanto Dervis como Perkins quedaron inmóviles. Ninguno de los tres dijo nada. El silencio era total. El resto de los policías que corría en dirección a ellos también se detuvo, como si hubieran sido tocados por un rayo.

Al menos, doce agentes de policía habían escuchado la discusión de Dervis y Perkins a través de la radio. En cuanto

vieron a Frank correr hacía ellos temieron lo peor; sin embargo, ninguno imaginó que fueran a llegar a este extremo. Los más cercanos a Frank intentaban disuadirlo, pero era en vano.

—Déjalos, Frank, no merecen la pena —gritó Terry, uno de los mejores amigos de Frank en el cuerpo—. Frank, Frank. Escucha lo que te digo, nadie quiere hacerte daño, baja esa arma —Frank quitó el seguro de la pistola.

Prácticamente estaba rodeado, pero ninguno de los policías se atrevía a moverse. Ni siquiera los más audaces. Sabían que Frank era un policía cabal y eficiente, tan temerario o más que cualquiera.

—¿Qué vas a ganar con la muerte de ellos? —siguió Terry. Frank se pasó la lengua por la comisura de los labios y cerró ligeramente el ojo derecho.

—No pienso ganarme el cielo, Terry; y será mejor que os larguéis, esto no es cosa vuestra.

—Pero sí mía —dijo Sean. Acababa de llegar. Estaba sin resuello, pero aun así ordenó a los policías que se fueran—. ¡Todos, ahora mismo, a sus puestos! ¡Yo me encargo de esto!

–Los policías que rodeaban a Frank no se movieron. Sean volvió a tomar aire– ¿Qué parte de lo que dije no entienden? ¡Largo de aquí! –Empezó a dar empujones a los policías congregados. ¡Largo, he dicho largo! –Sean no era un hombre especialmente corpulento, pero tenía muy mal carácter. Después del primer empujón, el resto de los policías se alejó con lentitud. Algunos se detuvieron a cierta distancia.

Sean estaba más recuperado de la carrera. Había tenido tiempo para evaluar la situación. Esta vez sus palabras causaron el efecto que deseaba.

–¡Sargento Dave!

–¡Diga, teniente!

–¡Llévese a estos hombres de aquí, que se incorporen de inmediato a su trabajo, hay un crimen que resolver!

–¡A la orden teniente!

–¡Otra cosa! –Gritó Sean.

–¡Sí, teniente!

–¡Lo que pasa en el cuerpo, se queda en el cuerpo!

–¡A la orden, teniente! –Dave obligó a sus compañeros a cumplir las órdenes. Los hombres se retiraron a regañadientes. La mayoría eran partidarios de Frank, pero no faltaban los que simpatizaban con Dervis y Perkins. A estos fue a los que más trabajo costó convencer. Dave tuvo que encararse con Louis de mala manera, pero al final cumplió su trabajo con eficiencia.

Sean vio con alivio cómo los hombres se retiraban. Ante él quedaba lo más difícil. La situación no había cambiado un ápice. Frank seguía apuntando a Dervis y a Perkins, quienes parecían sembrados en el suelo. Ninguno de ellos se atrevía a moverse. Seguían el protocolo, evaluaban la situación.

Ninguno de los dos, ni siquiera Dervis, uno de los policías del departamento con mejor forma física, tenía la menor posibilidad de sobrevivir al ataque de Frank. Incluso su propia vida corría peligro. Esto lo supo de inmediato. Frank se encontraba al límite de sus posibilidades. Un paso en falso podía desencadenar una tragedia.

Tragó saliva. El Sol se encontraba de espaldas a Frank, así que su posición estratégica era mucho mejor, lo que lo

dejaba, tanto a él como a los otros dos agentes, en una situación comprometida, en cuanto a visibilidad o precisión. El ángulo de los pies y la tensión en los brazos denotaban determinación.

No hizo el menor movimiento, y tuvo mucho cuidado de mantenerse en el ángulo de visión de Frank. Sus primeras palabras salieron despacio, pero con firmeza.

–iDervis y Perkins, me tienen hartos los dos, son un jodido dolor de cabeza, un grano en el culo, y no crean, ni por un minuto, que me gustan los granos en el culo! ¡Si estuviera en mi mano, yo mismo les metía un balazo en el cuerpo; y qué a gusto me iba a quedar! ¡Es más, no sé qué cojones estoy haciendo aquí; debería irme y dejar que Frank termine lo que todo el jodido cuerpo de policía quiere hacer en este momento!

Sean hizo un pausa.

–¿Qué dices Frank? ¿Por qué no le metemos una jodida bala en el cuerpo a este par de cabronazos? ¡Son pura mierda, nadie lo va a lamentar! –Frank no contestó. Seguía

concentrado, sin mover un músculo. El sudor se deslizaba por su frente.

Sean también comenzaba a sentir mucho calor y a ponerse nervioso. Aquella estrategia no había funcionado. Por primera vez pensó en la posibilidad de fallar. Dada la situación, podía fallar. Era un hombre como otro cualquiera, pero cómo había sido tan estúpido de meterse en un aprieto semejante. Los dos, Dervis y Perkins, seguían inmóviles. Sean, entonces, tuvo una idea.

—¿Pero qué hacen, par de estúpidos? ¿No ven que están apuntándoles con un arma? ¡Suban los jodidos brazos! ¡Vamos, súbanlos! —Los hombres no se movieron. Sean esta vez fue autoritario—. ¡Hey, pedazos de mierda, si quieren salvar sus miserables vidas suban de una jodida vez los brazos! —Los policías no reaccionaron a su reclamo—.

—¡Ahora! —gritó Sean. El teniente estaba tan tenso como el resto de sus compañeros, pero trataba de mantener la calma. Necesitaba una señal, una mínima señal, pero esta no llegaba. No había contado con el orgullo de aquel par de

mierdas. Si la cosa seguía así, aquello iba a terminar mal, muy mal.

Sean hizo acopió de paciencia:

–¡Malditos imbéciles! ¿Están sordos? ¡Suban los brazos! ¡Arriba! –gritó, tratando de ser lo más convincente posible. Nada, tampoco funcionaba. El tiempo se estaba agotando. Si no era capaz de terminar con aquella situación, le tocaría a Frank decidir, y, sinceramente, no deseaba estar allí cuando aquello ocurriera.

La terquedad de los policías lo había puesto de mal humor. Entonces se le ocurrió una de esas ideas raras y excéntricas que lo había convertido en uno de los mejores agentes del cuerpo de policía.

Haciendo uso de todo su arrojo, se quitó un zapato con la peor cara que pudo mostrar y lo lanzó contra el cogote de Perkins. El zapato produjo un golpe seco contra la cabeza del policía. Este se encogió de dolor.

–¡Capullo de mierda, te dije que levantarás las manos! ¡Ahora! –volvió a gritar.

Perkins lo miró rojo de ira. Sean se arriesgó esta vez gesticulando:

–¡O subes las manos o soy yo quien va a pegarte un tiro, cabrón, hijo de puta! ¡Arriba esas manos! ¡Quiero verlas, ya!

–Perking titubeaba. Sean fue más allá y se llevó las manos a la funda de la pistola sin quitar los ojos de Frank, pero este ni siquiera se inmutó. Respiró aliviado. Era la señal que estaba esperando.

Perkins no era tan estúpido como parecía, y antes de que Sean pudiera siquiera comenzar a sacar su arma, levantó poco a poco los brazos.

–¡Tú también, capullo! –se dirigió a Dervis. Éste dudaba. Dervis tenía menos miedo que su compañero, pero cuando vio una posible salida a la situación comenzó a cooperar siguiendo las instrucciones del teniente–. –¡Arrodíllense! – los dos policías se miraron. Sean siguió con su plan–. ¡He dicho que se arrodillen! –Al igual que en la ocasión anterior, Perkins fue el primero en obedecer–.

–¡Ahora pidan disculpas! –Los dos policías miraron a Sean con cara de ni lo pienses, pero obedecieron. Primero uno,

luego el otro. Al principio, con un hilillo de voz. Durante ese tiempo, Frank no había movido un solo músculo de la cara, ni siquiera una ceja; sólo cuando los hombres pidieron disculpas, su rostro reflejó una micro expresión de satisfacción que Sean reconoció inmediatamente en las comisuras de los labios.

En ese momento comprendió que podía moverse, y fue lo que hizo, aunque sin apartar los ojos de Frank.

—¡Las manos contra la cabeza! —dijo mientras sacaba las esposas. Dervis seguía con los brazos en alto. Sean lo esposó primero. Cuando terminó con él lo empujó al suelo. Dervis se revolcó por la tierra, pero aun así seguía sin quitar los ojos de encima a Frank.

A Perkins, en cambio, se le notaba asustado y temeroso. Cuando Sean se acercó a él antepuso las manos a su rostro como si temiera una paliza.

—¡Tranquilo, hijo, nadie va a pegarte! ¡Ya has tenido bastante por hoy, ¿verdad capitán? —Se dirigía a Frank—. Yo mismo te esposaría, pero me temo que no tengo esposas. Sin embargo,

Frank haría muy bien en prestarme las tuyas. No, ¡qué coño!
Frank, ¿por qué no terminas esto tú mismo?

Aquel era el momento definitivo. Todo el trabajo realizado hasta entonces no serviría para nada si la reacción de Frank no era la adecuada. Los hombres conflictivos estaban desactivados, uno en el suelo completamente indefenso y el otro de rodillas ante ellos.

Sean comenzó a notar el movimiento de policías a lo lejos. Esperaban, como él, que el incidente finalizara en breve. Frank todavía se mantuvo unos instantes en su posición. Luego bajó el arma con calma y anduvo hasta Perkins. Nadie esperaba que Frank golpeará a Perkins en la cabeza con la culata de la pistola.

No era un golpe de importancia, pero hizo a Perkins rodar por el suelo. Sin perder un segundo, esposó las manos del policía a la espalda.

–¡Esto es para que sepas por qué a algunos maricas los dejan entrar al cuerpo de policía! –dijo mientras apretaba al máximo las esposas, tanto que arrancó un quejido de dolor a

Perkings. Al pasar junto a Dervis escupió al suelo. Se detuvo ante el teniente.

–¿Qué pasará ahora? –Sean lo miró a los ojos.

–Los dos van a recibir una amonestación y tú vas a pedirte una baja médica. No quiero verte al menos durante tres meses –Frank miró a Dervis, y luego a Perkins.

–¿Y eso servirá para algo?

–Espero que ayude.

–Pero no resolverá el problema.

–No.

–Ok, Sean –dijo Frank antes de echar a andar en dirección a su coche.

–Oye, Frank. ¿No olvidas algo? –El policía sacó la pistola de la funda y se la entregó a Sean.

–También necesito la placa.

–¿Algo más?

–Las llaves de las esposas, Frank; no creerás que los tendremos así para siempre.

–No sería mala idea, Sean, no sería mala idea –dijo antes de entregar lo que le pedían y marcharse definitivamente. Sean

esperó a que su coche se alejara en dirección a la ciudad. El auto dejó una estela de polvo que se fue disolviendo lentamente. El *walkie talkie* de los policías comenzó a transmitir en ese instante.

–Agente Walmie a control, agente Walmie a control. Cambio

–Sean fue el primer sorprendido. Abrió el canal de comunicación.

– Aquí control. Agente, ¿qué ocurre? Cambio.

–Tengo aquí delante lo que parece una prueba, cambio.

–¿Qué tipo de prueba agente?, cambio.

–Un anillo, señor. He encontrado un anillo, cambio.

–Garantice la seguridad de la prueba, agente. Voy para allá, cambio.

Frank

Al llegar a casa se tomó un *Rozerem*. No volvió a tener consciencia de la realidad hasta el día siguiente a las dos de la tarde.

Despertó con dolor de cabeza. Fue a la cocina a preparar café y puso la tele. Era la hora de las noticias. El caso del asesino que picaba a la gente en pedacitos seguía estancado. El periodista solicitaba la cooperación de los ciudadanos para encontrar a los culpables.

El pitido de la cafetera lo hizo volver a la realidad. Apagó la vitrocerámica. Puso una taza de leche en el microondas y esperó medio minuto. Acto seguido mezcló el café con la leche y puso una cucharada de azúcar en la taza antes de volver al salón.

Vivía en un apartamento ubicado en el centro de la ciudad. Era pequeño. Medía unos sesenta metros sin incluir la terraza, donde a veces cenaba. Frank era un hombre sencillo. No tenía grandes vicios ni ambiciones. Vivía, eso sí, apartado de la gente. Sobre todo desde la separación de Marlene, su ex

mujer, ocurrida un año antes. No le guardaba rencor. El matrimonio había durado quince largos años.

El piso le había tocado en propiedad tras el reparto de bienes, después de un divorcio largo y conflictivo que se extendió durante varios meses. Sus amigos opinaban que el abogado de Marlene lo había desplumado, y en parte no les faltaba razón.

Frank, en cambio, opinaba que no era un precio excesivo a pagar por la felicidad. Según su razonamiento todo tenía un precio en la vida y él estaba dispuesto a pagar un justo tributo para ser feliz.

Dadas las circunstancias, tenía la certeza de que esta era la mejor manera de hacer las cosas. Le había costado años reconocer su verdad, y un gran sacrificio personal.

No era una tarea fácil pasar por encima de las convenciones sociales en un sitio como Ginburk, donde todos se conocen; sin embargo, entendía que la carga que llevaba Marlene era tan pesada y dolorosa como la suya. Se conocían desde niños. En su adolescencia y juventud fueron al mismo instituto; juntos descubrieron el amor.

Su historia no era muy diferente a la de otras parejas que llevaban una vida plácida en una ciudad agradable rodeada de amigos y con el mundo literalmente a sus pies. Eran, lo que se dice, un ejemplo a seguir para la gran comunidad; esa que está compuesta por ciudadanos de primera clase, gente de bien, artistas y profesionales a quienes les ha sonreído el éxito y cuya existencia rodean de todo aquello que puede resultarles tanto útil como beneficioso y que, por supuesto, no excluye el lujo.

Sin embargo, a Frank esto le resultaba tremendamente aburrido. Le cansaban las charlas de los sábados en las que tenían las mismas discusiones y opiniones sobre los temas de siempre, el amor, la política, el sexo, la vida y la muerte.

Los primeros años de su matrimonio fueron atractivos y no estuvieron exentos de sorpresas y giros inesperados que, en parte, compensaron el profundo vacío que lo acompañaba.

Durante ese tiempo soportó con paciencia cada una de las celebraciones sociales a las que debía asistir arrastrado por Marlene. Fue cómplice de sus caprichos porque creía que aquello era la felicidad; y no se equivocaba, puesto que la

felicidad acaba siendo un concepto hecho a la medida de cada persona, y aquel era el que había encontrado.

Tomó un sorbo de café con leche. Su vida había cambiado mucho en los últimos años; tanto que no se reconocía. La gente opinaba que estaba loco, pero a él le importaba un cuerno la opinión de la gente.

Había tomado su decisión y afrontaría las consecuencias. Pero una cosa es enfrentarse a la sociedad acompañado del ser amado y otra muy diferente sufrir de forma repentina la muerte de este último.

¿Dónde quedaba todo el esfuerzo realizado para encontrarse a sí mismo? ¿Dónde estaba aquello por lo que había luchado durante años? La vida jugaba con él. ¿Acaso era una marioneta? ¿Un muñeco?

¿Qué sentido tenía enfrentarse a su propia vida, dar un vuelco a su existencia, planificar un futuro diferente y lleno de incertidumbre, pero futuro al fin, para luego chocar de bruces con la realidad y comprender que nada es para siempre? O mejor dicho, que más nos vale vivir cada instante

como si fuera el último, porque cada una de las cosas que tenemos nos pueden ser quitadas sin avisar.

Eso sin hablar del dolor, el profundo dolor que supone la pérdida de un gran amor. Era, sencillamente, absurdo.

El timbre del teléfono lo sacó de sus reflexiones. La verdad es que no tenía fuerzas para hablar con nadie. Pensaba quedarse en casa durante el tiempo que hiciera falta. No quería contestar. Aunque, pasados unos minutos, sintió curiosidad. No pudo evitar mirar el número.

Sorprendido, contestó a la llamada. Tenía que ser muy importante para que su hermana rompiera el voto de silencio hecho varios meses atrás, cuando su ruptura con Marlene era inminente y los comentarios sobre su relación con Ricardo Bloomsky comenzaban a circular por la ciudad.

–Hola, Salma. No esperaba tu llamada –al otro lado del teléfono nadie contestó.

–¡Perdona, Frank, perdona! –dijo Salma entre sollozos. Desde la primera frase, Frank fue consciente de que había ocurrido algo importante, así que prestó atención a lo que su hermana tenía que decirle. En parte, se trataba de su

entrenamiento como policía: durante años se había acostumbrado a olvidarse completamente de sí mismo cuando un ciudadano necesitaba su ayuda.

–¿Qué ocurre? –dijo con tono frío.

–No sé por dónde empezar –Frank guardó silencio unos instantes. Salma no se decidía.

–¿Qué ha pasado? –repitió Frank, apelando a un tono de voz más suave y dulce. Su hermana seguía llorando—. Tienes que calmarte, Salma. Si quieres que te ayude, necesito saber qué está pasando –sus palabras tuvieron el efecto deseado, porque después de un breve silencio Salma comenzó a hablar:

–Es Audry –Frank se mordió las comisuras de los labios.

–¿Qué pasa con la niña?

–iNo está, Frank, no está! –La voz de Salma sonaba lejana y confusa, como si pendiera de un hilo muy fino que estuviera a punto de quebrarse.

–¿Cómo que no está?

–iNo ha vuelto. Tenía que estar aquí esta mañana a las siete y media y no ha vuelto!

–¿Adónde fue anoche?

–Fue a trabajar a la gasolinera de Port Rock –dijo Salma, y según hablaba parecía que se agotaban sus palabras–. ¡Se lo dije, que no tenía que trabajar, ella no tenía que trabajar!

–¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

–Ayer.

–¿A qué hora?

–Sobre las ocho y media o así.

–¿Notaste algo extraño en su comportamiento?

–No..., bueno sí.

–¿Qué notaste?

–Lo de siempre. Le dije que volviera cuanto antes. No me gusta que ande por ahí sola. Pero no me hizo caso..., no me hizo caso.

–¿Fuiste a la policía?

–¡Sí! –Frank permaneció en silencio unos segundos. La mayoría de las desapariciones suelen resolverse por sí solas durante las primeras setenta y dos horas. Lo más probable era que estuviera con sus amigos o, incluso, con su novio;

pero esto no se lo dijo a su hermana, aunque intentó tranquilizarla a su manera.

–Necesitaré más información, pero sobre todo que te calmes. Saldré a buscarla en cuanto averigüe un par de cosas –Frank miró el reloj de pared. Eran las dos y cuarto–. Te llamo en unos quince minutos. Mientras tanto, busca los números de sus amigos.

–¿Sólo eso?

–Por ahora sí.

–De acuerdo. Frank... –dijo Salma antes de que su hermano colgara el teléfono.

–¿Dime?

–Gracias.

–No hay de qué, Salma, no hay de qué –dijo antes de colgar.

Estaba a punto de entrar a ducharse cuando el teléfono volvió a sonar. No hizo caso. Al menos necesitaba quince o veinte minutos para despertarse. El chorro de agua lo reanimó lo suficiente.

Era lo que necesitaba. Una ducha que refrescara sus ideas y lo devolviera al mundo real. Más adelante tendría tiempo

de llorar la muerte de Ricardo –se dijo–; ahora lo más importante era su sobrina.

El teléfono seguía sonando cuando salió del cuarto de baño. Lo sorprendió tanta insistencia. Debía ser urgente. Quizá Audry había aparecido y Salma lo estaba llamando para darle la noticia. Fue hasta el teléfono con esa idea, pero quedó sorprendido al reconocer el número de su hermano.

No tenía la menor intención de hablar con él; al menos, no ahora –pensó mientras se iba a la habitación–. Dos llamadas de sus hermanos en el mismo día eran un suceso increíble –se dijo.

Cuando salió de su casa eran las tres menos cuarto. La mayoría de la gente se encontraba a resguardo del sol. Por las calles circulaban quienes no tenían más remedio que soportar el calor debido a su trabajo o a alguna gestión urgente que no podía esperar. Era el caso de Frank, quien dio un par de vueltas por la ciudad antes de detenerse frente a la comisaría.

Necesitaba organizar sus ideas antes de empezar a investigar. Tenía esperanzas de que la desaparición de Audry

fuera una falsa alarma; lo más probable era que estuviera con sus amigos o con su novio disfrutando en algún hostel de las inmediaciones, o incluso camino a casa. A fin de cuentas, eran jóvenes.

El edificio de la comisaría tenía dos pisos. En la planta baja había oficinas divididas en cubículos donde trabajaban media docena de investigadores a tiempo completo. Una vez pasada la recepción, uno se encontraba con un pequeño salón de actos y, luego, el departamento de homicidios.

Los jefes tenían sus despachos en la planta alta, donde también había un comedor con capacidad para veinte comensales. El espacio estaba bien distribuido y las oficinas contaban con suficientes medios técnicos, aunque en los últimos meses esta no era la sensación que tenían los policías.

Ginburk había pasado de ser un sitio tranquilo, prácticamente sin actividad delictiva, a figurar en el listado de las ciudades con mayor índice de criminalidad. Como es lógico, esto sólo era un aspecto del problema. La explosión demográfica era un tema candente.

La inminente industrialización había propiciado que cientos de inmigrantes de disímiles nacionalidades encontraran en Ginburk la oportunidad que les negaba su propio país.

La inmigración más conflictiva era la proveniente de Latinoamérica. Las diferencias culturales eran muy marcadas. A veces, según el sentir popular, se daban determinadas situaciones en las que incluso los vecinos más antiguos de la ciudad se sentían extranjeros en su propio país.

La mayoría de las veces el desacuerdo no iba a más, pero a menudo surgían conflictos que terminaban en un feroz enfrentamiento.

El vandalismo era un fenómeno relativamente reciente; casi tanto como el incipiente odio que empezaba a asomar en muchos de los ciudadanos autóctonos, quienes, de la noche a la mañana, habían visto invadida su ciudad por un ejército de chinos, magrebíes, italianos, mexicanos, indios, peruanos, ecuatorianos..., sin contar la gran ola de emigrados del Este que había tenido lugar en los primeros meses del año, donde

se contaban por cientos los jóvenes de Estonia, Lituania, Rumanía o Uzbequistán, por citar tan solo las nacionalidades más numerosas.

Frank no era ajeno a este fenómeno, pero le otorgaba menos importancia que el resto de sus compañeros, quienes se encontraban copados de trabajo. Día sí y día también, tenían que enfrentarse a las pandillas, muchas veces sin la preparación técnica necesaria o los recursos psicológicos apropiados.

Más de un oficial había recibido advertencias de los delincuentes en su propia casa, hecho este que caldeaba mucho más el ambiente. Cada vez que aparecía una marca de odio dibujada en la puerta de un policía, significaba una amenaza que ponía en peligro su vida y la de su familia.

La ciudad vivía en medio de un frágil equilibrio. Mantener el orden y la paz con los efectivos policiales que tenían en la actualidad era prácticamente imposible. Esa era la conclusión a la que había llegado Odelsen cuando tocaron a la puerta de su despacho.

–Adelante –dijo sin dilación. Frank abrió la puerta–. Hombre, tú por aquí –Odelsen se levantó de su silla. Se estrecharon la mano con cordialidad. Frank siempre se había sentido bien en compañía de Odelsen. Había sido su mentor en el cuerpo policial durante sus primeros años. Estaba agradecido por todo lo que le había enseñado, pero además eran amigos.

–Siento tener que molestarte –dijo Franky–. Tengo una situación bastante compleja.

–¿Qué ocurre?

–Es mi sobrina –Odelsen bajó la cabeza–. No ha vuelto a casa esta mañana después de una noche de guardia en la gasolinera de Port Rock. Su madre me llamó hace nada. Está muy nerviosa. No es el comportamiento habitual de la chica. Traté de tranquilizarla, pero la verdad es que no las tengo todas conmigo. Viendo lo que está pasando últimamente en la ciudad, prefiero iniciar una investigación cuanto antes – Odelsen frunció la ceja.

–¿Qué edad tiene tu sobrina?

–Veintidós años –Odelsen dio un rodeo y fue a sentarse ante su mesa. Invitó a Frank a ocupar una silla.

–¿Ya hablaron con el novio?

–El chico no sabe nada. Ayer tuvieron una pelea. Fue a verla a la gasolinera a eso de las cinco de la madrugada, pero no le abrió la puerta.

–Pero, ¿esta mañana alguien la ha visto?

–Su madre la estuvo llamando, pero no contestó al teléfono. Quizá ha habido un accidente del que no nos hayamos enterado –Odelsen movió la cabeza negativamente.

–Ya lo sabríamos. No ha habido ningún accidente en esa zona. De hecho, hay una cosa que tengo que contarte. – Odelsen se levantó de la silla e hizo que Frank lo siguiera.

Al principio pensó que lo llevaría al departamento de homicidios, pero luego, cuando comenzó a descender las escaleras en dirección al sótano, empezó a encontrarse mal. Cuando estuvieron frente a la puerta de la morgue Odelsen puso una mano en su hombro.

–Quizá sea sólo una coincidencia, o puede que no. Lo que tengo que decirte no es fácil. Esta mañana ha llegado un

cadáver de una chica más o menos con la edad de tu sobrina. Es muy posible que no sea ella, pero creo que lo mejor es asegurarse. ¿Crees que podrás identificarla?

A Frank se le hizo un nudo en la boca del estómago. Odelsen se percató del terrible momento por el que estaba atravesando.

–Has oído lo que dije: no tiene por qué ser ella, pero creo que deberíamos salir de dudas. ¿No crees? –Frank asintió.

–Bien, pasemos entonces.

La morgue

El depósito de cadáveres se encontraba en penumbra. Al final de salón había un despacho del que emanaba una luz tenue. Atravesaron la sala con pasos apresurados. Debía medir unos cincuenta metros de largo. Odelsen tocó a la puerta. Prosper, uno de los forenses de más experiencia, les invitó a pasar.

–Hola chicos –dijo Prosper cuando Odelsen abrió la puerta del despacho.

–Venimos a visitarte.

–Se agradece el esfuerzo –Prosper se levantó de su silla. Tras estrechar la mano a ambos se dirigió al salón–. Supongo que querrán ver a la chica.

–Así es –dijo Odelsen.

–La han traído esta mañana. La pobre estaba hecha una pena

–Odelsen miró al forense antes de proseguir.

–Según parece, es posible que la víctima sea pariente de Frank.

–¿Es él quien va a identificarla? –Odelsen asintió–. Lo lamento mucho –dijo Prosper–. Hoy en día la ciudad no es lo que era.

Se acercó a la cámara frigorífica y abrió uno de los depósitos. El cadáver apareció ante ellos cubierto por una sabana.

–Antes de que la vean, debo advertirles que la joven recibió una gran paliza. Muchos de los golpes fueron en el rostro. ¿Están preparados? –Odelsen no obtuvo ninguna respuesta. El forense levantó la sábana. Ante ellos apareció el rostro desfigurado de una chica joven. Las facciones eran prácticamente irreconocibles.

–La paliza fue brutal –dijo el forense–. Recibió mucho daño en la zona frontal. Además, tanto el Esfenoides como el Malar están muy maltratados –y señaló con un bolígrafo la zona del rostro entre la frente y la nariz.

Se detuvo ante el hundimiento del cráneo:

–Esto se hizo con un objeto contundente. Quizá una barra de hierro. La herida es mortal, pero tiene otras en varias partes

del cuerpo que hubieran sido suficientes para acabar con su vida. Aunque no de manera inmediata.

Frank no daba crédito a lo que veía. La víctima tenía un gran parecido con su sobrina. Debido a la desfiguración, no estaba seguro de que fuera ella, pero tampoco podía afirmar lo contrario.

Jamás había visto algo así. En sus veinte años ejerciendo como policía, había tenido la posibilidad de estudiar algunos de los casos más violentos del estado, e incluso de la nación,

Hola, has llegado muy lejos.

Sigue leyendo gratis en [Kindle Unlimited](#) o Compra el ebook en [Amazon por 0.99€](#). También disponible [en papel por 9.45€](#).

[Comprar ebook en Amazon 0.99€](#)

[Comprar libro en papel 9.45€](#)

Si deseas estar actualizado sobre las próximas novelas te pido que des [like](#) en mi [Facebook](#).

Esta es mi página web www.ray-bolivar-sosa.es Si quieres dejar un comentario en mi web será bienvenido. También puedes hacerlo en Amazon. Ir al [Sitio del autor en Amazon](#)

Agradecería mucho que dejaras un comentario. Me ayudan a mejorar y a crecer como escritor. Contesto a cada uno de los lectores que me escriben. Para mí es un placer y una obligación.

Servicios

- Profesor de escritura creativa.
- Coach literario.
- Corrector de textos.
- Ofrezco seminarios, cursos y charlas a cualquier grupo, entidad o asociación que desee contratarme.

Si necesitas formación en alguna de estas áreas no dudes en contactar conmigo. Nunca rechazo los trabajos y mis precios son económicos.

Muchas gracias por comprar mi libro, nos vemos online

Y que la fuerza te acompañe

Descarga gratis el primer capítulo de la segunda parte de La Ira de los Elegidos. [Haz clic aquí.](#)

Otras obras del autor

El Secreto de Sophie

Género, novela.

Sinopsis

Sophie es una joven periodista admiradora de la moda que ha conseguido un puesto en la revista *Vogue*. Recibe el encargo de ir a Francia a cubrir un evento de moda. Todo hubiera salido a pedir de boca de no ser por el fortuito

encuentro que tiene con Frank, el último día de su estancia en París.

Novela de autor, íntima y visceral, que refleja las pasiones del ser humano en su máxima expresión.

Comprar en Amazon Formatos: ebook.

[Ir a Amazon](#)

Mantente informado de los libros que publico

Sígueme en Facebook o remite tu email a través de mi web (www.ray-bolivar-sosa.es), recibirás un correo a la semana o dos, como mucho, con contenido exclusivo sobre mis obras, descuentos y promociones exclusivas solo disponibles en mi lista de distribución.

Además, puedes darte de baja cuando quieras.

La Herejía de los Dioses

Una novela histórica decisiva sobre Fidel Castro y la Revolución Cubana.

Género: novela.

Sinopsis

Una novela épica, con el aliento propio de las grandes historias

Cecilia es una joven cubana de clase media alta educada para convertirse en una esposa fiel e inteligente. La grave corrupción de los políticos y la injerencia de Norteamérica en los asuntos internos del país, son el detonante para que decida vincularse con varios grupos de la disidencia entre los que conoce a Fidel Castro y Rolando Masferrer. Dos líderes que se convierten en enemigos irreconciliables.

La tensión en el país aumenta. Las posturas de los jóvenes cada vez son más radicales. En medio de esta situación Cecilia se enamora de la persona equivocada. Tanto su amor, como ella misma, son arrastrados por la fuerza de la revolución. Sin embargo, Cecilia lucha por salvar su amor hasta un día en que ocurre un suceso inesperado.

Comprar en Amazon Formatos: ebook y papel.

[Ir a Amazon](#)

Descarga el primer capítulo gratis. [Haz clic aquí.](#)